

Adiós al taranconismo

LOS OBISPOS DE WOJTYLA

Los obispos españoles dieron unción y misticismo al entierro de la dictadura. El capital y los americanos enterraron al general, descompuesto antes de morir, la izquierda corrió con el trabajo sucio y desagradable del funeral y la Iglesia española echó agua bendita sobre el féretro y dijo «así sea» cuando se marchaba al más allá. Luego, algunos aprendices de brujos empezaron a asustarse de los monstruos que producían los sueños de la razón. Recordaban muy bien qué esmerados, incultos y presentables ciudadanos proliferaban en los felices viejos tiempos de la sinrazón.

RAMIRO CRISTOBAL

DENTRO de unos meses la Conferencia Episcopal, es decir, la gran Asamblea de la jerarquía eclesiástica española, cambiará de Presidente. En este mismo mes de noviembre, cuando se celebre la Asamblea del episcopado, ya se podrá decir que oficialmente, la era de Tarancón ha terminado. Es preciso aclarar que, según todos los indicios, ya hace algún tiempo que el Arzobispo de Madrid, debe hacer enérgicos esfuerzos para lograr enterarse de lo que pasa en este país y a veces en su propia diócesis. Aún no hace más que unas semanas, los dirigentes de la JOC eran destituidos de sus cargos por los obispos de la Comisión de Apostolado Seglar y al negarse a abandonar los locales de la asociación, fueron desalojados por la policía avisada por los obispos. El cardenal Tarancón, hablando «off the record» al día siguiente, dijo, bastante indignado, que no había sabido nada hasta después y que realmente le «comunicaban muy pocas cosas».

No es nada nuevo. La sustitución de Tarancón al frente de los obispos españoles es una operación llevada con gran energía, al menos desde tres años atrás y que sólo la existencia de Pablo VI en Roma y

6 triunfo



de su nuncio en España, Luigi Dagaglio, pudo hacer abortar. Ya Ricardo de la Cierva denunció el hecho en la revista «Opinión» en noviembre de 1977, aunque, desde entonces, las cosas han cambiado bastante y no precisamente para mejorar. En aquellos momentos la maniobra no prosperó y, al final, en febrero de 1978, Tarancón era reelegido con 50 votos sobre 75. La impresión general era de que las cosas aún no estaban maduras para llevarlas a buen término. El nombre del obispo de Zaragoza, Elías Yanes, que estaba lanzado como contracandidatura, desapareció a última hora y sólo el recalcitrante primado de España, Marcelo González, obtenía los 13 votos del sector ultra. En tercer lugar quedaba el Arzobispo de Valladolid, José Delicado Baeza, con 6 votos simbólicos que signifi-

Monseñor Delicado Baeza, arzobispo de Valladolid, hacia quien apuntan las mayores probabilidades como sucesor del cardenal Tarancón en la presidencia de la Conferencia Episcopal española.

Noviembre 1980



Los cardenales Tarancón y Marcelo González, cabezas visibles de las dos grandes corrientes del episcopado español de los años setenta. El taranconismo toca a su fin: la sustitución del nuncio Dadaglio es el primer signo de la energética operación de relevo al frente de la iglesia española.

caban para el futuro más de lo que se sospechaba en aquel momento.

Sin embargo, ya en junio de ese mismo año una cosa estaba clara: Tarancón estaba mediatizado por los órganos rectores del episcopado y la mayor parte de este Estado mayor de la Iglesia pertenecía a la nueva oposición. Ya no era cuestión de los nostálgicos del nacional-catolicismo que apenas sumaban quince votos. Lo que se estaba formando era un núcleo importante del episcopado que, según todos los indicios, aspiraba a alinear políticamente a la Iglesia española. De lo que se trataba era de romper la línea pragmática y neutral del Presidente de la Conferencia; era casi público que un importante sector de la llamada Democracia Cristiana española se había puesto en contacto con algunos obispos en este sentido. Incluso se supo que los intermediarios habían sido ciertos obispos alemanes, de los que años más tarde apoyarían la candidatura de Strauss, con poco éxito.

Se formaron, así, tres frentes. Quedaban los ultraderecha, comandada por el primado Marcelo González y secundada por el obispo de Cuenca, José Guerra Campos. Con ellos, los obispos de

Burgos, Segundo García Sierra; Sigüenza, Laureano Castán; Orense, Angel Temiño Sáiz y otros pocos como Barrachina, Franco, Mansilla, etc. El grupo citado fue el encargado de protagonizar una oposición contra la Constitución en noviembre de 1978 y, periódicamente, se irían manifestando contra los tímidos intentos de recortar la educación privada y sobre todo contra el divorcio y el aborto.

Más significativo es el grupo ligado a la Democracia Cristiana que, poco a poco, fue copando los lugares claves tanto en la Comisión Permanente, como en el Comité Ejecutivo y sobre todo en las Comisiones episcopales que comprende desde Enseñanza y Catequesis, hasta Apostolado Seglar, Clero y Doctrina de la Fe. Según todas las fuentes consultadas forman parte de este grupo de obispos, el propio vicepresidente de la Conferencia, José María Cirarda Lachiondo, obispo de Pamplona, así como el Secretario de la misma, Jesús Iribarren. También, Elías Yanes, que preside Educación, Antonio Moreno, los Medios de Comunicación Social; Miguel Roca, Arzobispo de Valencia, la Doctrina de la Fe; el obispo de

Huelva, González Moralejo, forma parte del Comité Ejecutivo y Dorado Soto, de Cádiz, el Apostolado Seglar. Precisamente sería él, junto con uno de los vocales, Felipe Fernández, obispo de Avila, los que harían llamar a las FOP para desalojar a los directivos de las Juventudes Obreras Católicas.

Por último, quedaban los obispos más liberales, desde Jubany a Iniesta y desde Díaz Merchan a Palenzuela, que se mantenían en la línea posconciliar de Tarancón.

Cambios en el Vaticano

Esta operación, que un periodista definía, gráficamente, como de «ósmosis» entre la llamada Democracia Cristiana de UCD y un buen número de influyentes obispos, no habría sido posible sin los cambios habidos en el Vaticano tras la muerte de Pablo VI y, particularmente, el creciente poderío del Opus Dei entre la curia romana y el propio colegio de cardenales. Circunstancia propiciada, a su vez, por la clara simpatía demostrada tanto por Juan Pablo I como por el actual Papa por dicho Instituto secular.

La clave de la cuestión sería el

LOS OBISPOS

nombramiento del español Martínez Somalo como sustituto del jefe de la diplomacia vaticana, Agostino Casaroli. Según los expertos vaticanistas este cargo es el realmente ejecutivo dejando para el prefecto de Asuntos Públicos, una especie de papel honorífico. Martínez Somalo, hombre muy próximo al Opus Dei, habría sido el autor, pues, de la reciente sustitución del nuncio en España, cambiando al veterano Luigi Dagaglio, el hombre que apoyó a la Iglesia contra la dictadura, por el casi desconocido Antonio Innocenti.

A su vez, la biografía de Innocenti es muy parecida a la de su superior. Nacido en un pueblecito toscano, Poppi, hace 65 años, ingresó muy joven en la Pontificia Academia Eclesiástica, donde hizo su carrera diplomática como secretario de nunciatura y auditor en varios países de África, Europa y América Latina. Curiosamente coincide en estos años con otro de los cardenales muy ligados al Opus: Silvio Oddi, con el que trabajó en las nunciaturas de Bruselas y El Cairo. Innocenti es considerado también persona simpaticante con la Obra de Monseñor Escrivá y, según algunos obispos, es hombre fácilmente manejable que es lo que necesita el sector conservador de la Iglesia española.

Tanto Martínez Somalo como el resto de los cardenales afectos al Opus habrían sido los encargados de transmitir al Papa una copiosa serie de quejas, llevadas a Roma por los representantes de la derecha del episcopado español, acusando al nuncio anterior, al cardenal Tarancón y al resto de la Iglesia liberal o de izquierdas, de estar «rotundamente alejada de la realidad». Ellos son los que presionarían para el fulminante cese de Dagaglio al que ni siquiera se ha dado un capelo cardenalicio como consolución, tal como es la costumbre al término de una nunciatura y más de una tan difícil y tan prolongada (trece años) como la que hubo de desarrollar en Madrid.

Unos años atrás

Conviene recordar que la Conferencia Episcopal data solamente de 1966. Pablo VI, que había lle-



Monseñor Antonio Innocenti se despide del pontífice Juan Pablo II antes de partir hacia Madrid como nuncio de la Santa Sede. Este nombramiento se inscribe en la acción desarrollada por el prelado español Martínez Somalo, recientemente designado sustituto del jefe de la diplomacia vaticana, monseñor Agostino Casaroli.

gado al pontificado unos años antes, tuvo la idea de crear un órgano ejecutivo que dependiera directamente del Vaticano, arrancando así a la dictadura el control de la Iglesia. En su declaración de principios dice que «se constituye en comunión con el Romano Pontífice y bajo su autoridad, para el ejercicio conjunto del episcopado Español en los asuntos de interés común».

Claro está que el Gobierno español se puso en guardia y el primer presidente sería el cardenal Quiroga Palacios, el primer vicepresidente Casimiro Morcillo y el primer secretario, Guerra Campos. Sin embargo, en 1969 el cardenal Tarancón llega a la vicepresidencia y en 1971 a la presidencia. Hay que considerar que, mientras, monseñor Dagaglio, nuncio desde 1967, ha sacado adelante nada menos que 34 nuevos obispos y la mayoría de ellos pertenecientes al sector crítico posconciliar de la Iglesia. Son estos nuevos obispos los que votan por Tarancón y le llevan a la presidencia.

Desde 1972 es secretario de la Conferencia el hoy arzobispo de

Zaragoza, Elías Yanes Álvarez, un eclesiástico de origen canario y relativamente joven, ya que nacido en 1928 en el pueblo de San Cristóbal de la Laguna, en Tenerife. Este hombre que permanece como secretario hasta 1977, está en el centro del ya citado primer intento de sustituir al arzobispo de Madrid al frente de la Conferencia. Yanes es apoyado, en un principio, porque se cree que el prestigio adquirido en la secretaría puede ser un aliciente para un gran sector. Sin embargo, y muy claramente no es el momento: el grupo ultra no quiere componendas y vota por uno de los suyos, la gran mayoría de obispos duda y al final vota por Tarancón al que no ven alternativa.

Por lo demás Elías Yanes es nombrado arzobispo de Zaragoza, y allí realiza una serie de extravagancias que le queman como posible presidenciable. La gente de Iglesia cuenta con singular regodeo, su proyecto de mejora y remozamiento de la Basílica del Pilar. Al parecer, intentó que el pintor Salvador Dalí le pintara un

gran fresco, pero el gran católico de Cadaqués le pidió la cantidad de 100 millones de pesetas para el asunto: al final todo quedaría en la subasta de las joyas de la Virgen. También fue muy comentado su intento de traer al Papa el día del Pilar y organizar un festival a base de jotas. Según dicen los que estaban presentes, fue el cardenal Tarancón el que cortó este proyecto «porque se oía que iba a convertirse en una demostración de patriotismo casi de extrema derecha». Su actuación, más que conservadora, en el tema de la educación (ya queda dicho que preside esta Comisión del episcopado), ha sido otro de los temas en su contra.

Pasado Yanes a la reserva, se hacía necesario buscar a alguien nuevo con el suficiente prestigio para atraer a los indecisos y posiblemente susceptible de atraer los votos del sector ultra. Surgió el nombre de monseñor Cirarda, arzobispo de Pamplona, pero tenía el inconveniente de haber protagonizado un enfrentamiento con el franquismo que muchos de los nostálgicos no le han perdonado. Poco a poco fue poniéndose de relieve el nombre de José Delicado Baeza, arzobispo de Valladolid, que ya había hecho una modesta

incursión en las elecciones de 1978. Delicado es hombre sin tacha al que un sacerdote me definía como «más que social, sociológico». No obstante, para los que le conocen, podría muy bien sentir la tentación política y entrar en un apoyo de determinados grupos tal como quiere el Vaticano en Italia y en otros países. El obispo auxiliar de Madrid, Alberto Iniesta, me comentaba que, a su juicio, cualquiera de los tres entraría en política, pero «por este orden: primero Yanes, luego Cirarda y luego Delicado». No obstante, las mayores probabilidades apuntan a este último.

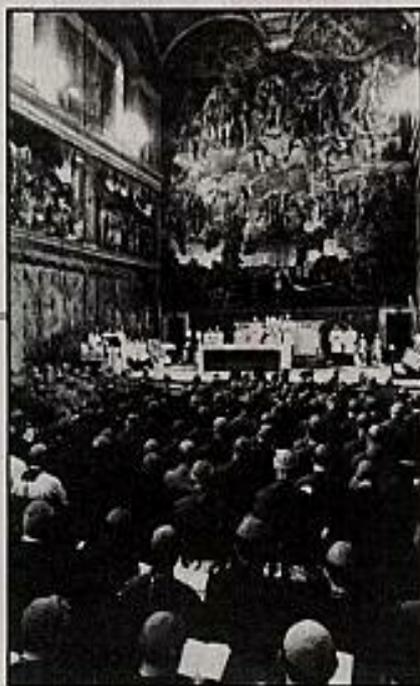
Hay un hecho significativo: la Agencia de Prensa Asociada (APA), la única agencia de noticias de la Iglesia y que depende de los obispos, comentan que lleva un tiempo, bastante largo, haciendo propaganda indirecta del arzobispo de Valladolid a base de sacar puntualmente, casi a diario, alguna noticia o parte de su Pastoral. Este tema que fue objeto de una interpelación en una Asamblea de Medios de Comunicación de la Iglesia en 1978, fue cortado como de menor importancia, por el moderador de la misma. La APA sirve todas las noticias de la Iglesia a los diarios y tiene un

contrato de información con la Agencia EFE.

Otro dato a tener en cuenta es la cadena radiofónica de la Iglesia, COPE, que hoy ha cambiado su nombre y ha pasado a denominarse, curiosamente, RAPOSA, es decir, Radio Popular, S. A., que comprende 45 emisoras y que está bajo el control directo del obispo de Badajoz, Antonio Montero Moreno, precisamente otro de los hombres próximos a la Democracia Cristiana.

La otra cara de la moneda

Más difícil es saber cuál es la otra cara de la moneda, es decir, quienes son los políticos que podrían estar en el centro de la operación. Digamos de entrada que hace un par de años, cuando la «operación



EL FRACASO DEL SINODO

E. MIRET MAGDALENA

La familia está en crisis, eso es cierto. Pero la crisis, ¿es de estructura o es de fondo?

Roma, con su cortejo de severos burócratas célibes, no parece darse cuenta de que los tiempos han cambiado; y sigue diciendo las mismas cosas que podían haberse dicho hace un siglo, a pesar de que nuevos problemas humanos han aflorado al mundo. La explosión demográfica, el matrimonio basado en el amor, la mayoría de edad a la que ha accedido

la juventud, el desarrollo de la técnica médica, el crecimiento acelerado del paro y el descubrimiento científico de la sexualidad son otros tantos aspectos de esta nueva sociedad.

Y hemos de confesar francamente que los representantes del episcopado mundial —salvo voces valientes que han clamado en medio del desierto que es el conformismo clerical— no han tenido valor para partir de estas nuevas realidades en las que se ve metido el hombre contemporáneo.

El final de esta Asamblea ha sido un conjunto de vagas recetas que no suponen ningún cambio de postura, y un discurso del Papa que ha echado un claro jarro de agua fría a la posible interpretación claramente flexible de tales conclusiones episcopales.

Para este resultado bastaba acudir a los antiguos manuales de moral, hoy envueltos por falta de uso en el polvo

LOS OBISPOS

Yanes citaban a Federico Silva y a Osorio, como posibles enlaces. Hoy, habría que mirar en otro sentido y considerar, al menos, dos direcciones: una la del Opus Dei y sus representantes en UCD y la Administración. Otra, sería la Editorial Católica, en cuyo consejo han estado y están varios de los obispos citados como proclives a la politización, así como el antiguo grupo Tácito, hoy en puestos claves del poder, desde Marcelino Oreja a Landelino Lavilla, sin olvidar al subdirector del diario «YA», Luis Apostua, estratégicamente colocado en el Ministerio de Justicia. Se asegura que Landelino Lavilla, presidente del Congreso y el obispo auxiliar de Madrid, José María Estepa, tienen frecuentes encuentros y conversaciones. No es un secreto que una comisión de obispos realizó una visita al entonces ministro de Educación, Iñigo Cavero, para tratar del tema de la enseñanza privada.

Por otro lado, la discusión de temas que la mayor parte del episcopado considera intangibles, tales como el divorcio, el aborto y las subvenciones a la escuela privada y religiosa, ha conseguido limar muchas asperezas. En las últimas Asambleas de obispos, el sector progresista se quedó estupefacto al ver como los sectores ultra y moderado votaban en común. Del mismo modo los viejos resquemores entre el Opus Dei y la ACNDP, núcleo ideológico de la Editorial

Católica, parecen haberse casi olvidado en aras de lo que se considera un necesario frente común.

Operación escoba

Hecho significativo del mundo de la Iglesia española es la patente eliminación de los elementos más críticos, particularmente de publicaciones periódicas y también de responsables de organizaciones seculares de base. El caso ya relatado

de la JOC no es ni mucho menos un caso aislado: redactores y responsables de la sección de Iglesia de periódicos ligados al episcopado, han sido apartados para dar paso a personas más maleables. Se considera que esto será necesario de cara a una nueva etapa en la que habrá notables cambios tácticos en la jerarquía de la Iglesia.

Del mismo modo, las Ordenes dedicadas a la enseñanza parecen haber tomado un camino muy conservador y en algunos casos



Antonio Yanes, arzobispo de Zaragoza, y José María Cirarda, obispo de Pamplona, dos nombres importantes de la Conferencia Episcopal que cuentan a la hora de afrontar el relevo del cardenal Tarancón en la presidencia de la Iglesia española.

SINODO

de las estanterías, y hubiéramos encontrado en ellos lo mismo que se ha dicho en las determinaciones finales de esta reunión mundial orquestada a bombo y platillo, como si fuera algo nuevo en la historia del catolicismo.

Los seculares que asistieron fueron seleccionados entre los más conformistas o entre aquellos que viven una espiritualidad religiosa evanescente y poco realista. Y los Obispos se encontraron bajo la presión de un Papa polaco que no conoce bien el contexto de otros países y, sobre todo, de la mentalidad occidental y de la del tercer mundo.

Juan Pablo II ha vivido una experiencia de fuertes dificultades religiosas por la dura política de hace años en su país. Por eso su catolicismo es de defensa, de estrechar filas contra el enemigo; y así le cuesta trabajo ceder con las aperturas del mundo occidental o con las costumbres del tercer mundo porque viene de otra experiencia muy diferente. Sin embargo, el Papa no ha perdido por eso su sentido pastoral, y lo que en teoría condena, luego está dispuesto a tolerarlo en la práctica, si bien sea de una manera concesiva e insuficiente.

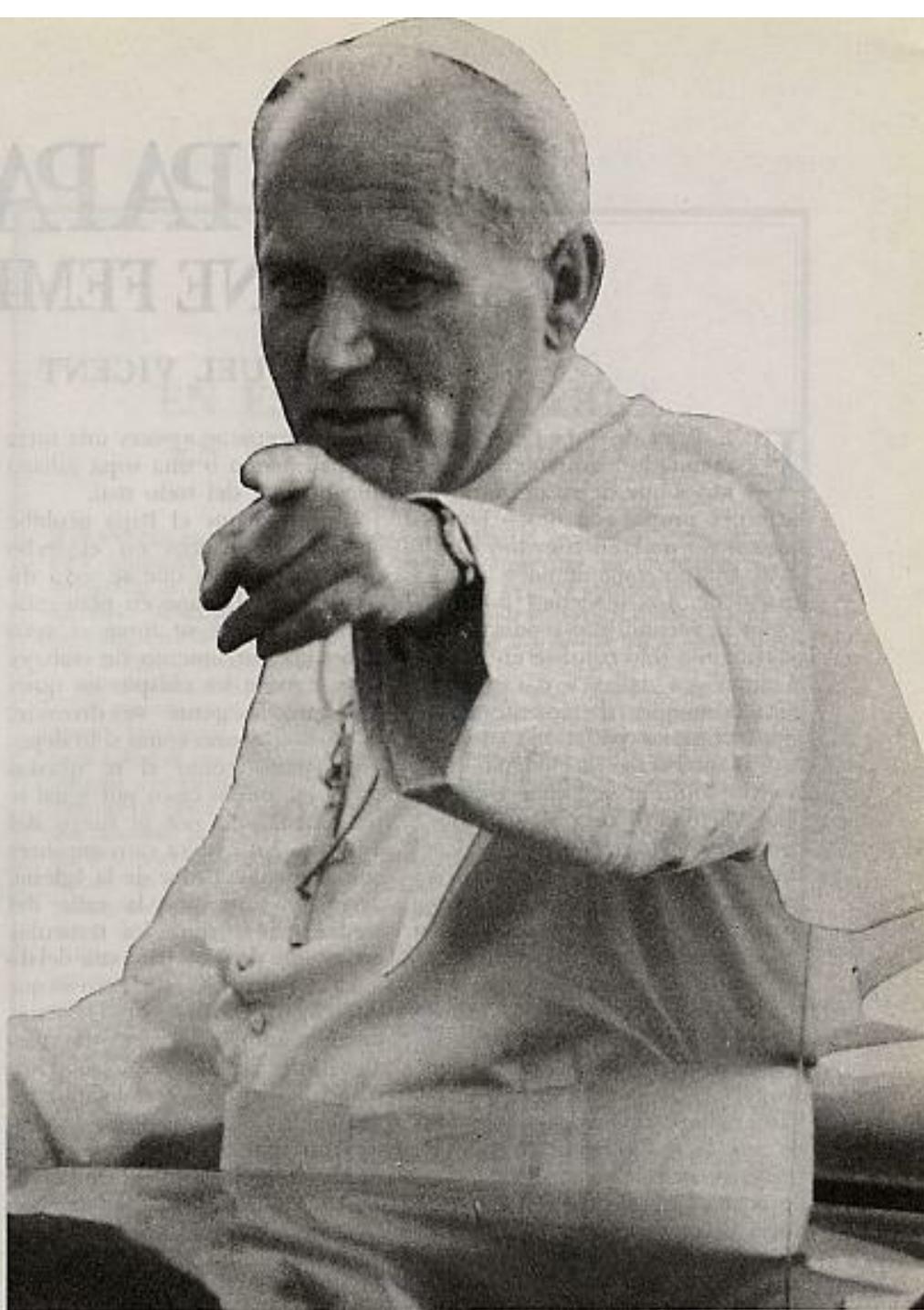
Esta es la clave del Sínodo Mundial de Obispos, que no ha profundizado en los problemas que el cambio de estructura de la familia actual

suponen. No se ha visto la necesidad de acomodar el mensaje esencial del Evangelio a las culturas tan distintas en las cuales viven los católicos de los más diversos países. Por ejemplo: en el Occidente del desarrollo existe el problema de la regulación artificial de la natalidad; en los países africanos el problema de la poligamia; en la India la necesidad de asimilar una cultura milenaria a veces más rica que la occidental; y en América Latina la necesidad de un clero casado, que timidamente piden algunos Obispos de aquellos países, ante el temor de verse un día sin apóstoles difusores del mensaje cristiano.

Ni siquiera se ha abordado seriamente el escándalo de las anulaciones

hasta demagógico. Recuérdese, por ejemplo, los mítines ultras del agustino padre Martínez Fuertes en el Palacio de los Deportes de Madrid, abarrotado de religiosos enseñantes de ambos sexos. El quid de la cuestión es que, según el pragmatismo de Tarancón, los profesores religiosos mantenían una postura según el barrio donde se encontraban o la ciudad en que ejercían. El obispo de Madrid, Iniesta, comenta que hay colegios de ursulinas en los que hay que «frenar a la Superiora, para que no se pase de roja» y lo mismo puede decirse de otras Ordenes consideradas muy conservadoras. Cree este obispo que, en su opinión, «hay como una tercera parte de religiosos enseñantes progresistas y los otros dos tercios están en la línea de Martínez Fuertes».

Sea como sea, la Iglesia de la tolerancia, de los derechos humanos, del leve, pero perceptible progresismo, parece estar dando las últimas boqueadas. Los años que simbolizaron Dagaglio-Tarancón, han pasado ya sin duda. Habría que empezar a mirarnos en los vecinos: en Italia el milagro de la sangre de San Genaro sirve para hacer propaganda contra la ley del aborto y en Alemania el episcopado elimina a todos los profesores de teología mínimamente disidentes. Lo que va a pasar en España tendremos ocasión de verlo y sentirlo muy pronto. ■ R. C.



matrimoniales, que muchas veces es un negocio bien montado o una picaresca propia de nuestras novelas clásicas. Todo ha vuelto a centrarse en la encíclica «*Humanae Vitae*» con su enemiga a los medios artificiales de regulación de la natalidad, cuando estos medios suponen un método técnico que, como tal, no compete a la Iglesia. Se propugna todavía una concepción patriarcalista de la mujer. Y se les cierran los Sacramentos a numerosos católicos divorciados civilmente, que creen estar en regla ante su conciencia y ante Dios, aunque no con el derecho de la Iglesia o con las decisiones falibles de los Tribunales Eclesiásticos.

El Papa tuvo el desacierto, desconociendo nuestra mentalidad, de citar

el extraño caso para nuestra cultura del posible adulterio psicológico de un marido con su propia mujer. Bien explicado hubiera podido tener trascendencia como causa de divorcio, ya que el matrimonio se encuentra centrado en el amor, y sería una anomalía psíquica la ruptura con la propia mujer entre amor y sexo material.

El Cardenal Hume, haciendo gala del clásico humor inglés, refirió a sus colegas en pleno Sínodo el sueño que tuvo: el de una Iglesia-fortaleza que se separa del mundo, viviendo aparte de él, y diciendo «no» a todo lo moderno, porque es nuevo y resulta peligroso para la rutina anacrónica de esta gran fortaleza, que es el mecnismo eclesiástico.

Cosa parecida hizo el Obispo indio Monseñor Pedyara. Les contó un sucedido chistoso, con el cual quería decirles amablemente que lo que estaban haciendo en el Sínodo era inoperante, porque lo hablado no pasaba de aquellas famosas expresiones de Pero Grullo que a la mano cerrada le llamaba puño y se quedaba tan tranquilo con su invento.

En una palabra: un tiempo perdido lastimosamente, porque podía haberse empleado útilmente en renovar la estructura anacrónica de la familia occidental, para salvar el fondo positivo de este grupo humano, o asimilar las costumbres culturales de otros países que tienen derecho a vivir su propia idiosincrasia. ■ E. M. M.